ETC.

ENTREVISTAS A ERUNDINA Y LULA

En estas dos entrevistas realizadas por María Esther Gilio, el dirigente del Partido de los Trabajadores de Brasil, Luiz Inacio —Lula— Da Silva, candidato a la presidencia, y la alcaldesa de San Pablo, Luiza Erundina, explican los secretos del éxito que llevó al PT a avizorar el poder.

LA LLAVE DEL PODER

Suplemento de Investigación y Reportajes de **Página/12**

Por María Esther Gilio

LUIZA ERUNDINA, ALCALDESA DE SAN PABLO

"HASTA QUE NACIO EL PT LA F

Siendo mujer, nordestina y socialista, Luiza Erundina sacudió desde los cimientos las tradiciones del poder político al acceder a la alcaldía de San Pablo. Consciente de que concentra y representa las esperanzas de millones de postergados, la alcaldesa enfrenta el desafío decidida a no abandonar sus fidelidades más profundas: el compromiso con las grandes mayorías postergadas, el profundo respeto a la idiosincrasia de su pueblo, la voluntad firme de gobernar con la gente, imponiendo como norma la participación organizada de los ciudadanos en las decisiones que los afectan. Erundina, que conserva la capacidad de reír en el comienzo de su ardua tarea, aspira ni más ni menos que a hacer realidad la democracia en la ciudad más grande del Brasil.

"Claro que no va ganar Luiza Erundina", decían muchos. "Ella es una verdadera valija" (algo muy difícil de cargar).

El 5 de noviembre a las tres de la tarde el Instituto Gallup confirmaba el presagio: el 30 por ciento del electorado se había volcado a Maluf; el 15 por ciento a Erundina. Diez días después, el 15 de noviembre, las urnas dejaron oír su voz definitiva: Luiza Erundina 29,6; Maluf 24,9. Los barrios pobres de San Pablo festejaron durante varios días. Don Evaristo Arns, el obispo de la ciudad, mandó a la novel alcaldesa una pequeña escultura que aludía al nacimiento de un niño.

Pero claro, no todos rieron y se alegraron. Ulysses Guimaraes, presidente del PMDB, mostró cómo era de amargo ese trago: "Es una crueldad lo que hicieron con Luiza Erundina —dijo—; una mujer cuyo salario no alcanza a doscientos cruzados (ciento veinte dólares), ¿cómo podrá administrar una ciudad cuyo presupuesto es el más alto del país?".

El PMDB, que controlaba la casi totalidad de las alcaldías brasileñas, sólo había retenido seis. El Partido de los Trabajadores, que no tenía ninguna, había ganado treinta y nueve.

Luiza Erundina de Souza me recibió en su escritorio de la alcaldía, con vista al Parque de Ibirapuera. Una mujer de ojos claros y vestido de seda estampada que tomaba café y sonreía.

—¿Qué hice?, ¿qué hice en estos sesenta días? Todos preguntan eso. Conocer la máquina, ¿qué otra cosa?; esta enorme, complicada máquina que es San Pablo. La ciudad más rica de Brasil. Y también la más grande. Doce millones de habitantes, sin contar los alrededores, el Gran San Pablo, que no corresponde a esta alcaldía.

—Bueno, conocer la máquina es su intención pero la realidad la está enfrentando con muchos problemas que debe resolver ya. Me refiero a las "invasiones" de viviendas, por ejemplo. Durante la campaña política que la llevó al gobierno de la alcaldía usted afirmó que no las condenaba; ¿qué pasa ahora con estas "ocupaciones" de departamentos que estaban prontos para ser entregados a sus dueños? Los medios la acusan de haberlas provocado. Incluso la acusan de usar la palabra "ocupación" en lugar de invasión".

—No creo que esas "ocupaciones" o "invasiones" se produjeran a partir de mi acceso a la alcaldía. Son consecuencia de problemas de vivienda que en San Pablo han llegado a niveles difíciles de concebir en un mundo civilizado. La alcaldía está abocada al problema de la vivienda, que es de los más al problema de la vivienda, que es de los más graves y urgentes. En cuanto a los que tomaron los departamentos ya están saliendo: entendieron que otros tan pobres como ellos habían hecho muchos sacrificios para pagar lo que exigía la ley y que tenían derecho a recibir su casa.

—¿Cuál sería su respuesta si los movimientos de los "sin tierra" ocuparan terrenos municipales?

—Habría que estudiar los casos. Ellos saben que ahora hay alguien preocupado por sus carencias. Además discutiremos con ellos; nosotros solos no vamos a decidir nada. No vamos a decir: "Aquí una plaza", "allí una escuela". Discutiremos con los movimientos organizados y así resolveremos. Por ejemplo, haremos una campaña para presionar al gobierno federal en el sentido de entregar al municipio el "fondo de garantía por tiempo de servicio". Este es un fondo que jamás benefició al trabajador de baja renta, el cual por sus ínfimos salarios no consigue entrar en los planes del Sistema Financiero de la Habitación. Si conseguimos que esos fondos sean entregados al municipio podremos empezar a caminar. Con esto, por lo pronto eliminaremos a los agentes financieros, que se tragan el treinta por ciento.

—¿Cuál sería exactamente el papel del municipio en este caso?

—El municipio, a través de cooperativas populares de vivienda, se transformaría en el administrador de esos recursos. Esta es una bandera de lucha que el municipio y los movimientos populares unidos intentarán llevar adelante.

—Se ha dicho que también piensa moverse en el sentido de unir en objetivos comunes a todos los intendentes progresistas del país.

—Queremos construir un frente progresista de intendentes a fin de ejercer las presiones necesarias frente al gobierno federal.

—¿La presión se ejercerá en qué sentido?

—Por ejemplo, en el sentido de buscar una solución al problema de la deuda externa.

—¿Una mejor negociación para el pago?

—No una mejor negociación, lo que buscamos conseguir es que la deuda no se pague. Y si esta unión se realizara, ¿usted se imagina la fuerza que podría llegar a tener?

—Está bastante claro que los empresarios paulistas están asustados viendo al Partido de los Trabajadores en la alcaldía, ¿cuál es su actitud frente a ellos? Es evidente que usted, como intendente, precisa tener con los empresarios una relación lo menos conflictiva posible.

—Claro. Estuve en muchas reuniones con empresarios grandes y chicos. Hace unos días tuve un almuerzo con la Cámara de Comercio Británica. Había representantes de ciento veinte o más empresas nacionales y multinacionales. Sentí que los empresarios tenían una gran curiosidad respecto a mi política. Además de muchas dudas y reservas, e incluso inseguridades. Todo esto se vio también en las múltiples reuniones que realicé con empresarios paulistas. Yo he sido clara con ellos. Yo he llegado aquí con compromisos. Son compromisos con aquella mayoría que siempre estuvo al margen de las inversiones públicas. Esa es nuestra prioridad. Pero esto no significa que sólo gobernaremos para ellos. Tampoco vamos a gobernar sólo para los "petistas". Yo soy la alcaldesa de San Pablo. Tengo que hacer todo para disminuir la distancia en calidad de vida entre esa minoría privilegiada y la gran mayoría de la población. Pero esto no significa que queramos disminuir la buena calidad de vida de aquellos que la tienen. Pero sí vamos a pedir su ayuda para esa mayoría que vive mal. Esa mayoría es la fuerza de trabajo de que ellos disponen y yo creo que no es ajeno a sus intereses que esa gente disfrute de una vida menos dura, más agradable. Yo tuve un diálogo muy franco con ellos. Traté de mostrarles la responsabilidad que les cabe en las condiciones de vida y desarrollo de la ciudad.

—¿Qué ocurrirá con esas obras faraónicas del alcalde saliente, Janio Quadros?

—Estamos obligados a continuar algunas porque sería más perjudicial pararlas. Hay, por ejemplo, comenzada una autopista cuyo costo de obra es altísimo, que dedicada al transporte individual (ya que viene de barrios donde todos los vecinos tienen auto) ni siquiera resuelve el problema totalmente. No vamos a insistir en este tipo de obra. Vamos a tratar de resolver el grave problema de transporte de los que no tienen auto y viajan todos los días dos, tres y más horas para llegar a su trabajo. Nuestra inversión se volcará al transporte colectivo, transporte de masas.

—¿Sabe por qué el alcalde anterior, Janio Quadros, no le entregó el mando? ¿Por qué se fue antes de que usted llegara?

—El es muy autoritario.

—Y un poco loco.

—No, él no es loco. Es interesante eso de llamarle loco. Porque loco no es. Su locura consiste en no acordarse nunca del pueblo.

—Ya él una vez abandonó el gobierno y se fue a Europa, sin ninguna explicación. Era el presidente de Brasil.

—Son golpes teatrales los suyos. El hace grandes actuaciones, crea escenarios. Así consigue que la gente lo llame loco; su locura está dirigida a conseguir aquello que le interesa.

—Yo sé que usted se resiste a que la encasillen dentro de una ideología. Usted usa frecuentemente (no digo indistintamente) las palabras progresista, socialista. Y su preocupación es, evidentemente, la justicia social. Si tuviera que hablar de ese aspecto suyo, de las cosas en las que cree, de sus objetivos...

—Soy católica. Luché contra la dictadura mientras ella estuvo vigente, he luchado junto al movimiento Pastoral de la Tierra, cuyo objetivo son los derechos del campesino. He participado en proyectos de concientización de masas. Diría que puedo caminar junto a muchos aunque sus nominaciones sean diversas.

—¿Y si tuviera que ubicarse en cierto contexto, con una sola frase?

—Puedo decir que estoy pronta para la construcción del socialismo. Pero teniendo muy presente la realidad de nuestra experiencia política, nuestra geografía, nuestro clima. Y la religiosidad de nuestro pueblo. Son muy fuertes los contenidos religiosos en el brasileño. Y creo que debemos tenerlos en cuenta.

—¿Qué está pasando con los nordestinos, que de golpe han pasado al primer plano nacional? Usted y Lula son en este momento más conocidos que Sarney. No pasa un día sin que sean tapa de alguna revista, titulares de diarios...

—Ah, sí, los nordestinos... Pues creo que es apenas una casualidad. Aunque claro, debe haber influido para lanzarnos hacia adelante lo que hemos visto desde la infancia.

—¿Cuáles fueron las cosas que más la marcaron? Me refiero a su infancia, a ese tipo de cosas que uno no olvida.

—Cuando llegaba la seca teníamos que abandonar la tierra en que vivíamos. Cada una de estas migraciones significaba el desmembramiento de la familia, pues siempre un pedazo de la familia quedaba en otro lugar. Además, las condiciones en que se realizaban esas migraciones eran subhumanas.

—¿Cómo era que la familia decidía irse? ¿Cómo ocurría eso?

—Los niños ya desde muy pequeños, cuatro o cinco años, hablábamos sobre la lluvia. Si había o no señales de lluvia. Hablábamos y participábamos del drama de los adultos. Sabíamos que si no llovía antes del 19 de marzo, el día de San José, la familia se empezaría a preparar para irse. Y cuando lo decidíamos, salíamos. Caminábamos kilómetros y kilómetros a veces para tomar luego un tren o un camión y llegar a una ciudad donde, en general, no había empleo para nadie, pues si nosotros nos íbamos también los demás se iban. Y lo más grave, para nosotros los niños, era sentir la angustia de nuestros padres. Todo esto nos volvía adultos antes de tiempo. Recuerdo a mi madre embarazada de meses sin descansar nunca. Plantando, lavando en el río y luego pasando las noches del sábado haciendo panes y tortas para vender en la feria del domingo. Era una mujer muy sufrida. Con diez hijos de los cuales uno había muerto.

—¿Cómo, en ese mundo tan lleno de dificultades, consiguió hacer una carrera?

—El colegio primario, con algunas interrupciones, lo hice en la escuela del pueblo.



LUIZ INAC

"SOM
SOCIE

ETC

LUIZA ERUNDINA, ALCALDESA DE SAN PABLO

"HASTA QUE NACIO EL **PT** LA POLITICA EN BRASIL ERA COSA DE RICOS"

Por María Esther Gilio

Siendo mujer,nordestina y socialista, Luiza Erundina sacudió desde los cimientos las tradiciones del poder político al acceder a la alcaldía de San Pablo. Consciente de que concentra y representa las esperanzas de millones de postergados, la alcaldesa enfrenta el desafío decidida a no abandonar sus fidelidades más profundas: el compromiso con las grandes mayorías postergadas, el profundo respeto a la idiosincrasia de su pueblo, la voluntad firme de gobernar con la gente, imponiendo como norma la participación organizada de los ciudadanos en las decisiones que los afectan. Erundina, que conserva la capacidad de reír en el comienzo de su ardua tarea, aspira ni más ni menos que a hacer realidad la democracia en la ciudad más grande del Brasil.

"Claro que no va ganar Luiza Erundina", decían muchos. "Ella es una verdadera valija" (algo muy difícil de cargar).

El 5 de noviembre a las tres de la tarde el Instituto Gallup confirmaba el presagio: el 30 por ciento del electorado se había volcado a Maluf; el 15 por ciento a Erundina. Diez días después, el 15 de noviembre, las urnas dejaron oír su voz definitiva: Luiza Erundina 29,6; Maluf 24,9. Los barrios pobres de San Pablo festejaron durante varios días. Don Evaristo Arns, el obispo de la ciudad, mandó a la novel alcaldesa una pequeña escultura que aludía al nacimiento de un niño.

Pero claro, no todos rieron y se alegraron. Ulysses Guimaraes, presidente del PMDB, mostró cómo era de amargo este trago: "Es una crueldad lo que hicieron con Luiza Erundina —dijo—; una mujer cuyo salario no alcanza a doscientos cruzados (ciento veinte dólares), ¿cómo podrá administrar una ciudad cuyo presupuesto es el más alto del país?".

El PMDB, que controlaba la casi totalidad de las alcaldías brasileñas, sólo había retenido seis. El Partido de los Trabajadores, que no tenía ninguna, había ganado treinta y nueve.

Luiza Erundina de Souza me recibió en su escritorio de la alcaldía, con vista al Parque de Ibirapuera. Una mujer de ojos claros y vestido de seda estampada que tomaba café y sonreía.

—¿Qué hice?, ¿qué hice en estos sesenta días? Todos preguntan eso. Conocer la máquina, ¿qué otra cosa?; esta enorme, complicada máquina que es San Pablo. La ciudad más rica de Brasil. Y también la más grande. Doce millones de habitantes, sin contar los alrededores, el Gran San Pablo, que no corresponde a esta alcaldía.

—Bueno, conocer la máquina es su intención pero la realidad la está enfrentando con muchos problemas que debe resolver ya. Me refiero a las "invasiones" de viviendas, por ejemplo. Durante la campaña política que la llevó al gobierno de la alcaldía usted afirmó que no las condenaba; ¿qué pasa ahora con estas "ocupaciones" de departamentos que estaban prontos para ser entregados a sus dueños? Los medios la acusan de haberlas provocado. Incluso la acusan de usar la palabra "ocupación" en lugar de invasión".

—No creo que esas "ocupaciones" o "invasiones" se produjeran a partir de mi acceso a la alcaldía. Son consecuencia de problemas de vivienda que en San Pablo han llegado a niveles difíciles de concebir en un mundo civilizado. La alcaldía está abocada al problema de la vivienda, que es de los más al problema de la vivienda, que es de los más graves y urgentes. En cuanto a los que tomaron los departamentos ya están saliendo: entendieron que otros tan pobres como ellos habían hecho muchos sacrificios para pagar lo que exigía la ley y que tenían derecho a recibir su casa.

—¿Cuál sería su respuesta si los movimientos de los "sin tierra" ocuparan terrenos municipales?

—Habría que estudiar los casos. Ellos saben que ahora hay alguien preocupado por sus carencias. Además discutiremos con ellos; nosotros solos no vamos a decidir nada. No vamos a decir: "Aquí una plaza", "allí una escuela". Discutiremos con los movimientos organizados y así resolveremos. Por ejemplo,haremos una campaña para presionar al gobierno federal en el sentido de entregar al municipio el "fondo de garantía por tiempo de servicio". Este es un fondo que jamás beneficia al trabajador de baja renta, el cual por sus ínfimos salarios no consigue entrar en los planes del Sistema Financiero de la Habitación. Si conseguimos que esos fondos sean entregados al municipio podremos empezar a caminar. Con esto, por lo pronto eliminaremos a los agentes financieros, que se tragan el treinta por ciento.

—¿Cuál sería exactamente el papel del municipio en este caso?

—El municipio, a través de cooperativas populares de vivienda, se transformaría en el administrador de esos recursos. Esta es una bandera de lucha que el municipio y los movimientos populares unidos intentarán llevar adelante.

—Se ha dicho que también piensa moverse en el sentido de unir en objetivos comunes a todos los intendentes progresistas del país.

—Queremos construir un frente progresista de intendentes a fin de ejercer las presiones necesarias frente al gobierno federal.

—¿La presión se ejercerá en qué sentido?

—Por ejemplo, en el sentido de buscar una solución al problema de la deuda externa.

—¿Una mejor negociación para el pago?

—No una mejor negociación, lo que buscamos conseguir es que la deuda no se pague. Y si esta unión se realizara, ¿usted se imagina la fuerza que podría llegar a tener?

—Está bastante claro que los empresarios paulistas están asustados viendo al Partido de los Trabajadores en la alcaldía, ¿cuál es su actitud frente a ellos? Es evidente que usted, como intendente, precisa tener con los empresarios una relación lo menos conflictiva posible.

—Claro. Estuve en muchas reuniones con empresarios grandes y chicos. Hace unos días tuve un almuerzo con la Cámara de Comercio Británica. Había representantes de ciento veinte o más empresas nacionales y multinacionales. Sentí que los empresarios tenían una gran curiosidad respecto a mi política. Además de muchas dudas y reservas, e incluso inseguridades. Todo esto se vio también en las múltiples reuniones que realicé con empresarios paulistas. Yo he sido clara con ellos. Yo he llegado aquí con compromisos. Son compromisos con aquella mayoría que siempre estuvo al margen de las inversiones públicas. Esa es nuestra prioridad. Pero esto no significa que sólo gobernaremos para ellos. Tampoco vamos a gobernar sólo para los "petistas". Yo soy la alcaldesa de San Pablo. Tengo que hacer todo para disminuir la distancia en calidad de vida entre esa minoría privilegiada y la gran mayoría de la población. Pero esto no significa que queramos disminuir la buena calidad de vida de aquellos que la tienen. Pero si vamos a pedir su ayuda para esa mayoría que vive mal. Esa mayoría es la fuerza de trabajo de que ellos disponen y yo creo que no es ajeno a sus intereses que esa gente disfrute de una vida menos dura, más agradable. Yo tuve un diálogo muy franco con ellos. Trataré de mostrarles la responsabilidad que les cabe en las condiciones de vida y desarrollo de la ciudad.

—¿Qué ocurrirá con esas obras faraónicas del alcalde saliente, Janio Quadros?

—Estamos obligados a continuar algunas porque sería más perjudicial pararlas. Hay, por ejemplo, comenzada una autopista cuyo costo de obra es altísimo, que dedicada al transporte individual (ya que viene de barrios donde todos los vecinos tienen auto) ni siquiera resuelve el problema totalmente. No vamos a insistir en este tipo de obra. Vamos a tratar de resolver el grave problema de transporte de los que no tienen auto y viajan todos los días dos, tres y más horas para llegar a su trabajo. Nuestra inversión se volcará al transporte colectivo, transporte de masas.

—¿Sabe por qué el alcalde anterior, Janio Quadros, no le entregó el mando? ¿Por qué se fue antes de que usted llegara?

—El es muy autoritario.

—Y un poco loco.

—No, él no es loco. Es interesante eso de llamarle loco. Porque loco no es. Su locura consiste en no acordarse nunca del pueblo.

—Ya él una vez abandonó el gobierno y se fue a Europa, sin ninguna explicación. Era el presidente de Brasil.

—Son golpes teatrales los suyos. El hace grandes actuaciones, crea escenarios. Así consige que la gente lo llame loco; su locura está dirigida a conseguir aquello que le interesa.

—Yo sé que usted se resiste a que la encasillen dentro de una ideología. Usted usa frecuentemente (no digo indistintamente) las palabras progresista, socialista. Y su preocupación es, evidentemente, la justicia social. Si tuviera que hablar de ese aspecto suyo, de las cosas en las que cree, de sus objetivos...

—Soy católica. Luché contra la dictadura mientras ella estuvo vigente, he luchado junto al movimiento Pastoral de la Tierra, cuyo objetivo son los derechos del campesino. He participado en proyectos de concientización de masas. Diría que puedo caminar junto a muchos aunque sus nominaciones sean diversas.

—¿Y si tuviera que ubicarse en cierto contexto, con una sola frase?

—Puedo decir que estoy pronta para la construcción del socialismo. Pero teniendo muy presente la realidad de nuestra experiencia política, nuestra geografía, nuestro clima. Y la religiosidad de nuestro pueblo. Son muy fuertes los contenidos religiosos en el brasileño. Y creo que debemos tenerlos en cuenta.

—¿Qué está pasando con los nordestinos, que de golpe han pasado al primer plano nacional? Usted y Lula son en este momento más conocidos que Sarney. No pasa un día sin que sean tapa de alguna revista, titulares de diarios...

—Ah, sí, los nordestinos...Pues creo que es apenas una casualidad. Aunque claro, debe haber influido para lanzarnos hacia adelante lo que hemos visto desde la infancia.

—¿Cuáles fueron las cosas que más la marcaron? Me refiero a su infancia, a ese tipo de cosas que uno no olvida.

—Cuando llegaba la seca teníamos que abandonar la tierra en que vivíamos. Cada una de estas migraciones significaba el desmembramiento de la familia, pues siempre un pedazo de la familia quedaba en otro lugar. Además, las condiciones en que se realizaban esas migraciones eran subhumanas.

—¿Cómo era que la familia decidía irse? ¿Cómo ocurría eso?

—Los niños ya desde muy pequeños, cuatro o cinco años, hablábamos sobre la lluvia. Si había o no señales de lluvia. Hablábamos y participábamos del drama de los adultos. Sabíamos que si no llovía antes del 19 de marzo, el día de San José, la familia se empezaría a preparar para irse. Y cuando lo decidíamos, salíamos. Caminábamos kilómetros y kilómetros a veces para tomar luego un tren o un camión y llegar a una ciudad donde, en general, no había empleo para nadie, pues si nosotros nos íbamos también los demás se iban. Y lo más grave, para nosotros los niños, era sentir la angustia de nuestros padres. Todo esto nos volvía adultos antes de tiempo. Recuerdo a mi madre embarazada de meses sin descansar nunca. Plantando, lavando en el río y luego pasando las noches del sábado haciendo panes y tortas para vender en la feria del domingo. Era una mujer muy sufrida. Con diez hijos de los cuales uno había muerto.

—¿Cómo, en ese mundo tan lleno de dificultades, consiguió hacer una carrera?

—El colegio primario, con algunas interrupciones, lo hice en la escuela del pueblo. Cuando terminé, esperé un año hasta que viéramos qué pasaba ese año con la cosecha. Fue aceptable, con lo cual mi padre pudo mandarme a casa de mi tía, en otra ciudad, para hacer secundaria. Allí no pagaba ni casa ni comida, pero igual tenía gastos: ropa, libros, locomoción. Yo estaba feliz estudiando, pero recibí una carta de mi padre: "Luiza, no olvides que si llueve,todo bien. Pero si no llueve tendrás que abandonar en las vacaciones de invierno". Recuerdo mi angustia —vivía pendiente de la lluvia—, pero mi padre, que sabía mi voluntad de estudiar, volvió a escribir: "Llueva o no llueva tenemos que encontrar la manera de que sigas estudiando". Yo sé que se sentía muy orgulloso de mí.

—Erundina, usted piensa que por el hecho de ser mujer su gobierno va a ser por algún sentido diferente.

—Creo que sí.

—¿En qué sentido? ¿Piensa, por ejemplo, que el poder tiene distinto significado para la mujer que para el hombre?

—Yo creo que la mujer, como víctima del autoritarismo, la dominación, la represión, tiene muy internalizada la necesidad de encontrar otra forma de relacionarse. De no hacer lo que los hombres hacen.

—¿Qué ejemplos tiene más a mano de represión y dominación sobre la mujer? Ejemplos de su vida.

—Nosotros éramos cuatro hombres y cinco mujeres. Mi padre no era una persona autoritaria; mi madre sí, aunque sin gravedad. Sin embargo, el trato que en mi casa se daba a los varones y a las niñas era muy diferente, muy injusto para las niñas. En general el varón era más contemplado, sus ocupaciones también. Las niñas sufrían mucho más, y desde muy pequeñas recibían la carga de las obligaciones. Pero esto no ocurre sólo en la familia. Se repite en todas las instituciones. En el partido, incluso. Por mejores que sean las intenciones, por mayor que sea la democracia interna, nunca son iguales las oportunidades. Y en esto hay también culpa nuestra.

—Creo que a las mujeres nos cuesta relacionarnos con el hombre desde un lugar de pelea. Preferimos otros caminos para conseguir lo que queremos, e incluso preferimos perder. Creo que bancamos mal la pelea total. Nos cuesta mucho no ser queridas.

—Pienso que tenemos mucha dificultad para lidiar con los conflictos, las disputas. Nos cuesta asumir la contradicción. Tenemos siglos de ceder, siglos de segundo plano. Eso está muy incorporado en nosotras.

—¿Cree que la mujer debe modificar eso?

—Creo que se irá modificando en la práctica concreta.

—Le hice la pregunta porque siento que no me gusta imaginarnos tomando las mismas actitudes que el hombre: su afán competitivo por ejemplo. Imaginémonos transformadas en Margaret Thatcher.

—Ah no, eso sería horrible. Nosotras debemos competir con lo que nos es propio. Con nuestra mayor sensibilidad y afectividad. Y con esa gran energía que poseemos. Y fuerza. La mujer es muy fuerte. Y tiene mucha capacidad para ser austera.

—Cuénteme qué pasó por su cabeza el día en que ganó y después de tantos festejos y locura fue a su casa y se quedó sola con usted misma.

—Me parece que nuestra cabeza nos defiende. Yo no sentía que era yo. Me sentía afuera observando a otra persona. Creo que esta actitud no deliberada fue buena, facilitó mi primer contacto con tantas y tan complejas cosas. Tal vez si hubiera tenido la conciencia cabal de lo que acontecía me hubiera sentido menos serena.

—¿Y su vanidad? ¿Cómo quedó su vanidad?

—Yo creo que después de cierta edad, de ciertas vivencias (tengo cincuenta y cuatro años), la vanidad queda muy disminuida. Lo que aparece en primer plano es la enorme, tremenda responsabilidad. En aquellos quince días que precedieron a la posesión del cargo, en medio de toda aquella euforia, con la prensa, la radio y la televisión hablando y hablando del hecho. Parecía que el país entero estaba de fiesta. Sin embargo, yo tenía conciencia de que todo era pasajero. Yo sabía que aquel trato que me dispensaba la prensa pronto cambiaría de signo.

—¿Y tuvo miedo?

—Claro que tuve. Yo tenía certeza de que a partir de la posesión habría una guerra permanente.

—¿Y la está sintiendo hoy?

—Sí, sí, muy violenta. Hasta deshonesta; hoy dice un diario en grandes titulares: "Erundina está con un pie fuera del Partido de los Trabajadores". El otro día, el mismo periodista dijo: "Erundina asume sus problemas con Lula". Y dice que yo dije cosas respecto de Lula que nunca dije. Que no diría y que si quisiera decir no se las diría a ese periodista. Entre otras cosas porque no lo conozco. El nunca, nunca habló conmigo.

—Un canalla.

—Sí, un canalla. Y yo no tengo una contrapartida. No tenemos prensa para defendernos.

—¿Por qué piensa que la prensa hace cosas así?

—Están muy fastidiados con nuestra victoria, con nuestra administración. Esos periodistas son voceros de la clase que usufructuó todas las administraciones anteriores. Los que tuvieron todos los privilegios y todas las ventajas. De pronto ellos ven que se acerca un trato sin privilegio y temen. Pero además hay otra cosa. Estamos a un paso de las elecciones nacionales. Ellos no pueden permitir que el Partido de los Trabajadores crezca. Hacen cualquier cosa para dividirnos, desacreditarnos. Todo lo cual repercute en la candidatura de Lula. Ellos saben que él tiene chances. Y si esta administración fuera eficaz, esas chances crecerían.

—En el discurso del Partido de los Trabajadores hay, más que en otros partidos de la izquierda, una alusión constante a que no están trabajando "para" el pueblo, sino "con" el pueblo.

—El Partido de los Trabajadores nació en las puertas de las fábricas, en la periferia de las ciudades. La mayoría de sus militantes son personas sin militancia partidaria anterior. Nunca entraron al mundo de la política. Este es un mundo que en Brasil siempre fue de los ricos, de los hijos de los ricos, de los protegidos de los ricos. Nunca un trabajador en este país ha tenido poder en este terreno. Es el Partido de los Trabajadores el que hoy ofrece un espacio para el trabajador, el ama de casa, sin que importen los antecedentes ni los apellidos. El Partido de los Trabajadores es una escuela preocupada por la formación de sus militantes. Su función pedagógica es muy grande.

—¿Cuáles son sus fundamentales objetivos, aquellos que quiere alcanzar de cualquier manera?

—Lo que más me importa, más que prestar servicios de buena calidad, o cosas así, que otros podrían hacer, es asegurar una gestión de participación popular. Creo que lo que marcaría mi gobierno sería la demostración de que es posible gobernar esta máquina, este Estado burgués, de forma democrática.

—¿Qué cosas pondría en práctica para que sus aspiraciones de participación y democracia se cumplan?

—Entre las primeras cosas a hacer está la descentralización del poder. Ya estamos implantando núcleos regionales descentralizados con autonomía financiera.

—Es decir, núcleos regionales con un poder real. ¿Serían una especie de consejos regionales?

—Sí, "consejos populares". Y lo importante es que no son organizados por la administración municipal. Ya había organizaciones populares con una cierta estructuración que les permite trabajar.

—¿Esas organizaciones existen a partir de qué?

—Del Partido de los Trabajadores, de la Iglesia. Son movimientos populares que trabajan en los barrios. Creo que estos grupos pueden dar un salto cualitativo en el sentido de que sus objetivos políticos se hagan más concretos, más puntuales, más claros.

—Usted designó a Paulo Freire en el área de educación...

—En este momento está reestructurando las escuelas, reformando en ellas las estructuras de poder. Buscando la congestión de padres y profesores.

—Luiza Erundina, ¿ha pensado que los libros de historia del Brasil del siglo XXI seguramente le dedicarán varias páginas? Ahí estará su fecha de nacimiento: 1935; su ciudad natal: Airaúna en Parahiba; su estatura: ¿1,50 o 1,57?

—Según la derecha: 1,50, según la izquierda: 1,57. Son siete centímetros que la prensa considera importantes para mi buen gobierno. Yo misma no sé cuánto mido exactamente.

—Bueno, ese libro de historia dirá que usted fue la primera mujer alcaldesa de la ciudad de San Pablo. Debe haber algo que usted no quiera que falte en esa reseña.

—Sí, sí, claro.

—Dígamelo.

—"Ella consiguió hacer la primera administración popular y democrática de Brasil."



LUIZ INACIO "LULA" DA SILVA, CANDIDATO PRESIDENCIAL POR EL PT

"SOMOS LOS UNICOS QUE PODREMOS LLEVAR A LA SOCIEDAD CIVIL AL PODER"

Por María Esther Gilio

A las tres de la tarde San Pablo se cocinaba bajo un sol de fuego. Algunos termómetros callejeros señalaban treinta y ocho y otros más de cuarenta. Pero con aquel calor no había quién se preocupara por eso. En la casa del Partido de los Trabajadores, Lula, en mangas de camisa, dialogaba con la prensa extranjera. Habló durante dos horas. Bromeó, se enojó, se entusiasmó, explicó con paciencia y espíritu pedagógico, confesó públicamente algunas ignorancias y exhibió conocimientos. Lo más importante: el convencimiento que dejó en todos de que, en Brasil, una izquierda hecha de auténtica participación popular se venía abriendo paso.

—Las encuestas de opinión muestran que, a pesar de este importante triunfo del Partido de los Trabajadores en el terreno municipal, pocos creen en la posibilidad de que llegue a la presidencia de la República.

—Estamos convencidos de que el Partido de los Trabajadores puede ganar las próximas elecciones. Se trata de un partido razonablemente organizado. Con una militancia que seguramente ningún partido tiene en el país. Y con una credibilidad absolutamente inédita. Los sondeos de opinión pública realizados lo demuestran. Este respeto lo ganó el Partido de los Trabajadores con su coherencia y con su rectitud de comportamiento en los nueve años de existencia,

A pesar de que todos sabemos que existe una Doctrina de la Seguridad Nacional establecida por las fuerzas armadas, que parte del principio de que la sociedad civil no se sabe autoadministrar, que no tiene capacidad para resolver sus problemas y debe ser tutelada estoy convencido de que si ganamos las elecciones gobernaremos este país de manera de sacarlo adelante

—¿Cuál sería el papel de las fuerzas armadas en caso de llegar el Partido de los Trabajadores a la presidencia?

—Nosotros vamos a usar nuestra campaña electoral para discutir el papel de las fuerzas armadas en el país. Entendemos que la campaña electoral va a servir para politizar a la sociedad civil en el sentido de que ésta tenga claro cuál es su papel y cuál el de las fuerzas armadas. Creo que esa discusión, a nivel nacional, irá creando las condiciones para que un gobierno de izquierda pueda gobernar un país de la importancia de Brasil.

—¿Tiene ya el Partido de los Trabajadores un programa de gobierno?

—Estamos discutiendo un programa de gobierno a nivel interno. Todo esto con mucha cautela. La campaña electoral nos irá permitiendo afirmar los principios socialistas del Partido de los Trabajadores, sus objetivos socialistas, al tiempo que iremos conformando un programa capaz de ser ejecutado en cinco años. Este programa tendrá distintos objetivos, pero hay algunos que consideramos insoslayables. Tal el caso de la erradicación del hambre. Este es uno de los sentidos en que nuestro programa es altamente revolucionario.

—Usted dijo que los objetivos insoslayables eran varios.

—Está en este caso la moralización en la administración de las empresas estatales. Para esto estamos pensando en la creación de un consejo formado con delegados sindicales y con delegados de la sociedad civil que participen de la administración de esas empresas y cuiden especialmente de la transparencia de todos sus actos. Si nosotros consiguiéramos hacer algo así, sin duda que también estaríamos haciendo algo revolucionario.

—Cuando el Partido de los Trabajadores habla de erradicación del hambre, de inmediato alude a aquello que la haría posible: redistribución de rentas. Esto sería, como usted dice, altamente revolucionario. Tanto que es posible imaginar las tremendas dificultades para hacerlo.

—Las dificultades son grandes. Pero la única manera de erradicar el hambre es ésta. Quien quiso hacer algo así, pero sin tocar la estructura económica interna, fue en el pasado el gobierno militar, y hoy, el gobierno de

OLITICA EN BRASIL ERA COSA DE RICOS"

Cuando terminé, esperé un año hasta que viéramos qué pasaba ese año con la cosecha. Fue aceptable, con lo cual mi padre pudo mandarme a casa de mi tía, en otra ciudad, para hacer secundaria. Allí no pagaba ni casa ni comida, pero igual tenía gastos: ropa, libros, locomoción. Yo estaba feliz estudiando, pero recibí una carta de mi padre: "Luiza, no olvides que si llueve,todo bien. Pero si no llueve tendrás que abandonar en las vacaciones de invierno". Recuerdo mi angustia —vivía pendiente de la lluvia—, pero mi padre, que sabía mi voluntad de estudiar, volvió a escribir: "Llueva o no llueva tenemos que encontrar la manera de que sigas estudiando". Yo sé que se sentía muy orgulloso de mí.

—Erundina, usted piensa que por el hecho de ser mujer su gobierno va a ser por algún sentido diferente.

—Creo que sí.

—¿En qué sentido? ¿Piensa, por ejemplo, que el poder tiene distinto significado para la mujer que para el hombre?

—Yo creo que la mujer, como víctima del autoritarismo, la dominación, la represión, tiene muy internalizada la necesidad de encontrar otra forma de relacionarse. De no hacer lo que los hombres hacen.

—¿Qué ejemplos tiene más a mano de represión y dominación sobre la mujer? Ejemplos de su vida.

—Nosotros éramos cuatro hombres y cinco mujeres. Mi padre no era una persona autoritaria; mi madre sí, aunque sin gravedad. Sin embargo, el trato que en mi casa se daba a los varones y a las niñas era muy diferente, muy injusto para las niñas. En general el varón era más contemplado, sus ocupaciones también. Las niñas sufrían mucho más, y desde muy pequeñas recibían la carga de las obligaciones. Pero esto no ocurre sólo en la familia. Se repite en todas las instituciones. En el partido, incluso. Por mejores que sean las intenciones, por mayor que sea la democracia interna, nunca son iguales las oportunidades. Y en esto hay también culpa nuestra.

—Creo que a las mujeres nos cuesta relacionarnos con el hombre desde un lugar de pelea. Preferimos otros caminos para conseguir lo que queremos, e incluso preferimos perder. Creo que bancamos mal la pelea total. Nos cuesta mucho no ser queridas.

—Pienso que tenemos mucha dificultad para lidiar con los conflictos, las disputas. Nos cuesta asumir la contradicción. Tenemos siglos de ceder, siglos de segundo plano. Eso está muy incorporado en nosotras.

—¿Cree que la mujer debe modificar eso?

—Creo que se irá modificando en la práctica concreta.

—Le hice la pregunta porque siento que no me gusta imaginarnos tomando las mismas actitudes que el hombre: su afán competitivo por ejemplo. Imaginémonos transformadas en Margaret Thatcher.

—Ah no, eso sería horrible. Nosotras debemos competir con lo que nos es propio. Con nuestra mayor sensibilidad y afectividad. Y con esa gran energía que poseemos. Y fuerza. La mujer es muy fuerte. Y tiene mucha capacidad para ser austera.

—Cuénteme qué pasó por su cabeza el día en que ganó y después de tantos festejos y locura fue a su casa y se quedó sola con usted misma.

—Me parece que nuestra cabeza nos defiende. Yo no sentía que era yo. Me sentía afuera observando a otra persona. Creo que esta actitud no deliberada fue buena, facilitó mi primer contacto con tantas y tan complejas cosas. Tal vez si hubiera tenido la conciencia cabal de lo que acontecía me hubiera sentido menos serena.

—¿Y su vanidad? ¿Cómo quedó su vanidad?

—Yo creo que después de cierta edad, de ciertas vivencias (tengo cincuenta y cuatro años), la vanidad queda muy disminuida. Lo que aparece en primer plano es la enorme, tremenda responsabilidad. En aquellos quince días que precedieron a la posesión del cargo, en medio de toda aquella euforia, con la prensa, la radio y la televisión hablando y hablando del hecho. Parecía que el país entero estaba de fiesta. Sin embargo, yo tenía conciencia de que todo era pasajero. Yo sabía que aquel trato que me dispensaba la prensa pronto cambiaría de signo.

—¿Y tuvo miedo?

—Claro que tuve. Yo tenía certeza de que a partir de la posesión habría una guerra permanente.

—¿Y la está sintiendo hoy?

—Sí, sí, muy violenta. Hasta deshonesta; hoy dice un diario en grandes titulares: "Erundina está con un pie fuera del Partido de los Trabajadores". El otro día, el mismo periodista dijo: "Erundina asume sus problemas con Lula". Y dice que yo dije cosas respecto de Lula que nunca dije. Que no diría y que si quisiera decir no se las diría a ese periodista. Entre otras cosas porque no lo conozco. El nunca, nunca habló conmigo.

—Un canalla.

—Sí, un canalla. Y yo no tengo una contrapartida. No tenemos prensa para defendernos.

—¿Por qué piensa que la prensa hace cosas así?

—Están muy fastidiados con nuestra victoria, con nuestra administración. Esos periodistas son voceros de la clase que usufructuó todas las administraciones anteriores. Los que tuvieron todos los privilegios y todas las ventajas. De pronto ellos ven que se acerca un trato sin privilegio y temen. Pero además hay otra cosa. Estamos a un paso de las elecciones nacionales. Ellos no pueden permitir que el Partido de los Trabajadores crezca. Hacen cualquier cosa para dividirnos, desacreditarnos. Todo lo cual repercute en la candidatura de Lula. Ellos saben que él tiene chances. Y si esta administración fuera eficaz, esas chances crecerían.

—En el discurso del Partido de los Trabajadores hay, más que en otros partidos de la izquierda, una alusión constante a que no están trabajando "para" el pueblo, sino "con" el pueblo.

—El Partido de los Trabajadores nació en las puertas de las fábricas, en la periferia de las ciudades. La mayoría de sus militantes son personas sin militancia partidaria anterior. Nunca entraron al mundo de la política. Este es un mundo que en Brasil siempre fue de los ricos, de los hijos de los ricos, de los protegidos de los ricos. Nunca un trabajador en este país ha tenido poder en este terreno. Es el Partido de los Trabajadores el que hoy ofrece un espacio para el trabajador, el ama de casa, sin que importen los antecedentes ni los apellidos. El Partido de los Trabajadores es una escuela preocupada por la formación de sus militantes. Su función pedagógica es muy grande.

—¿Cuáles son sus fundamentales objetivos, aquellos que quiere alcanzar de cualquier manera?

—Lo que más me importa, más que prestar servicios de buena calidad, o cosas así, que otros podrían hacer, es asegurar una gestión de participación popular. Creo que lo que marcaría mi gobierno sería la demostración de que es posible gobernar esta máquina, este Estado burgués, de forma democrática.

—¿Qué cosas pondría en práctica para que sus aspiraciones de participación y democracia se cumplan?

—Entre las primeras cosas a hacer está la descentralización del poder. Ya estamos implantando núcleos regionales descentralizados con autonomía financiera.

—Es decir, núcleos regionales con un poder real. ¿Serían una especie de consejos regionales?

—Sí, "consejos populares". Y lo importante es que no son organizados por la administración municipal. Ya había organizaciones populares con una cierta estructuración que les permite trabajar.

—¿Esas organizaciones existen a partir de qué?

—Del Partido de los Trabajadores, de la Iglesia. Son movimientos populares que trabajan en los barrios. Creo que estos grupos pueden dar un salto cualitativo en el sentido de que sus objetivos políticos se hagan más concretos, más puntuales, más claros.

—Usted designó a Paulo Freire en el área de educación...

—En este momento está reestructurando las escuelas, reformando en ellas las estructuras de poder. Buscando la congestión de padres y profesores.

—Luiza Erundina, ¿ha pensado que los libros de historia del Brasil del siglo XXI seguramente le dedicarán varias páginas? Ahí estará su fecha de nacimiento: 1935; su ciudad natal: Airaúna en Parahiba; su estatura: ¿1,50 o 1,57?

—Según la derecha: 1,50, según la izquierda: 1,57. Son siete centímetros que la prensa considera importantes para mi buen gobierno. Yo misma no sé cuánto mido exactamente.

—Bueno, ese libro de historia dirá que usted fue la primera mujer alcaldesa de la ciudad de San Pablo. Debe haber algo que usted no quiera que falte en esa reseña.

—Sí, sí, claro.

—Dígamelo.

—"Ella consiguió hacer la primera administración popular y democrática de Brasil."

O "LULA" DA SILVA, CANDIDATO PRESIDENCIAL POR EL PT

OS LOS UNICOS QUE PODREMOS LLEVAR A LA DAD CIVIL AL PODER"

Por María Esther Gilio

A las tres de la tarde San Pablo se cocinaba bajo un sol de fuego. Algunos termómetros callejeros señalaban treinta y ocho y otros más de cuarenta. Pero con aquel calor no había quién se preocupara por eso. En la casa del Partido de los Trabajadores, Lula, en mangas de camisa, dialogaba con la prensa extranjerá. Habló durante dos horas. Bromeó, se enojó, se entusiasmó, explicó con paciencia y espíritu pedagógico, confesó públicamente algunas ignorancias y exhibió conocimientos. Lo más importante: el convencimiento que dejó en todos de que, en Brasil, una izquierda hecha de auténtica participación popular se venía abriendo paso.

—Las encuestas de opinión muestran que, a pesar de este importante triunfo del Partido de los Trabajadores en el terreno municipal, pocos creen en la posibilidad de que llegue a la presidencia de la República.

—Estamos convencidos de que el Partido de los Trabajadores puede ganar las próximas elecciones. Se trata de un partido razonablemente organizado. Con una militancia que seguramente ningún partido tiene en el país. Y con una credibilidad absolutamente inédita. Los sondeos de opinión pública realizados lo demuestran. Este respeto lo ganó el Partido de los Trabajadores con su coherencia y con su rectitud de comportamiento en los nueve años de existencia,

A pesar de que todos sabemos que existe una Doctrina de la Seguridad Nacional establecida por las fuerzas armadas, que parte del principio de que la sociedad civil no se sabe autoadministrar, que no tiene capacidad para resolver sus problemas y debe ser tutelada estoy convencido de que si ganamos las elecciones gobernaremos este país de manera de sacarlo adelante

—¿Cuál sería el papel de las fuerzas armadas en caso de llegar el Partido de los Trabajadores a la presidencia?

—Nosotros vamos a usar nuestra campaña electoral para discutir el papel de las fuerzas armadas en el país. Entendemos que la campaña electoral va a servir para politizar a la sociedad civil en el sentido de que ésta tenga claro cuál es su papel y cuál el de las fuerzas armadas. Creo que esa discusión, a nivel nacional, irá creando las condiciones para que un gobierno de izquierda pueda gobernar un país de la importancia de Brasil.

—¿Tiene ya el Partido de los Trabajadores un programa de gobierno?

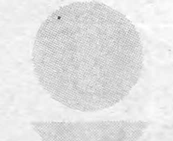
—Estamos discutiendo un programa de gobierno a nivel interno. Todo esto con mucha cautela. La campaña electoral nos irá permitiendo afirmar los principios socialistas del Partido de los Trabajadores, sus objetivos socialistas, al tiempo que iremos conformando un programa capaz de ser ejecutado en cinco años. Este programa tendrá distintos objetivos, pero hay algunos que consideramos insoslayables. Tal el caso de la erradicación del hambre. Este es uno de los sentidos en que nuestro programa es altamente revolucionario.

—Usted dijo que los objetivos insoslayables eran varios.

—Está en este caso la moralización en la administración de las empresas estatales. Para esto estamos pensando en la creación de un consejo formado con delegados sindicales y con delegados de la sociedad civil que participen de la administración de esas empresas y cuiden especialmente de la transparencia de todos sus actos. Si nosotros consiguiéramos hacer algo así, sin duda que también estaríamos haciendo algo revolucionario.

—Cuando el Partido de los Trabajadores habla de erradicación del hambre, de inmediato alude a aquello que la haría posible: redistribución de rentas. Esto sería, como usted dice, altamente revolucionario. Tanto que es posible imaginar las tremendas dificultades para hacerlo.

—Las dificultades son grandes. Pero la única manera de erradicar el hambre es ésta. Quien quiso hacer algo así, pero sin tocar la estructura económica interna, fue en el pasado el gobierno militar, y hoy, el gobierno de



LUIZ INACIO "LULA" DA SILVA, CANDIDATO PRESIDENCIAL POR EL PT

"SOMOS LOS UNICOS QUE PODREMOS LLEVAR A LA SOCIEDAD CIVIL AL PODER"

la Nueva República. Esto llevó a ambos a buscar dinero afuera, aumentando consecuentemente las cantidades que debemos pagar año a año. Para erradicar el hambre lo primero que debe hacerse es distribuir la riqueza interna. En este país hay mucho dinero. Somos el octavo país productor del mundo. Sólo que ese dinero está en manos de muy poca gente. Tenemos que estudiar la manera de aumentar los impuestos, empezando por aquellos que se llevan la mayor parte de las rentas.

Hay otra cosa que, creo, sólo el Partido de los Trabajadores puede hacer. Abrir espacios para que la sociedad civil comience a ser un factor determinante en la elaboración de la política económica y social del país.

—¿Sigue el Partido de los Trabajadores proponiendo el no pago de la deuda externa?

—Mucha gente ve la posición del Partido de los Trabajadores respecto de la deuda externa como una posición radicalizada, que en algún sentido, refleja el perfil del Partido de los Trabajadores. Nada de esto. No es que no queramos pagar la deuda externa. Debemos entender que no le es posible al Tercer Mundo continuar pagando esa deuda. Llegamos al límite: la UNICEF ha denunciado la muerte de doscientos ochenta mil niños por semana como consecuencia de las carencias determinadas por el pago de la deuda.

Este ha sido el principal factor de la crisis brasileña, ya que la transferencia anual del 4,5 del PBI disminuye gravemente el ritmo de crecimiento. El producto interno per capita anual está detenido en dos mil dólares desde hace diez años. En este lapso lo único que creció fue la inflación y las desigualdades sociales. Frente a esto proponemos varias cosas: suspensión inmediata del pago de la deuda; convocatoria de una comisión parlamentaria de investigación de la deuda; convocatoria de todos los países deudores interesados en encontrar una solución; y por último tomar como base de la negociación el valor real de la deuda, que hoy equivale a cerca del cuarenta por ciento del valor nominal.

De esta manera la deuda caerá de ciento diez mil millones de dólares actuales a, aproximadamente, cuarenta y cuatro mil millones. Séptimo: los intereses correspondientes a ese sesenta por ciento no debido serán depositados en un Fondo Público de Inversiones y Políticas Sociales. Octavo: los intereses correspondientes a la deuda real (cuarenta por ciento de la actual), serán depositados en el Banco Central a la espera del fin de las negociaciones.

Todo, así como el problema de la Amazonía y la cuestión ecológica, pretendemos discutirlo con los compañeros europeos. Respecto a esto último, ellos tendrán que saber que el animal cuya existencia está más amenazada en Brasil es el hombre.

—El simple intento de llevar a cabo proyectos como el de suspender el pago de la deuda externa trae de nuevo, a un primer plano, muchos peligros; el más grave, un nuevo golpe de Estado.

—Si vamos a pensar en eso más vale no disputar el gobierno. Lo que tenemos que hacer es abrir una discusión seria en la sociedad brasileña. Una discusión que incluya a todos en este país. Yo quiero que los compañeros de la prensa extranjera comprendan lo que significa que un tornero mecánico salga de una fábrica para disputar la presidencia de la República. Algo ha cambiado aquí.

—Cuando los partidos aspiran al gobierno de un país tienen tendencia a subestimar los problemas que deberán enfrentar. El Partido de los Trabajadores habla de ir hacia el socialismo. Sabemos qué pasó en Chile, otro país de inspiración socialista. ¿Usted piensa que Brasil tiene más capacidad que Chile para oponerse a un golpe como el ocurrido allá?

—Primero, nosotros tenemos la experiencia de Chile para evitar repetir sus errores. Brasil, además, es un país de mucha mayor importancia que Chile en el escenario político mundial, lo cual pesa internacionalmente. Y... ¿las fuerzas armadas no habrán madurado con esta experiencia de veinte años en el poder, si no en su totalidad, por lo menos en una parte? Nuestro partido tiene en mente la idea de que esta campaña electoral debe servir para que la sociedad civil tome conciencia de que ella es una garantía de la democracia en el país.

—¿La sociedad chilena, así como la uruguaya, era mucho más madura que la brasileña hoy?

—¿Qué puedo decir? El Partido de los Trabajadores apostó a una cosa llamada organización de base. Fuera de eso es humanamente imposible decir qué vamos a hacer si hay una nueva intervención militar. En este país, nadie, ni siquiera la derecha puede garantizar que eso no ocurra. Ustedes tienen que entender. El movimiento sindical no es el del '64. La Iglesia no es la del '64. Los movimientos populares son algo muy rico, no son los del '64. Por eso ellos tienen miedo. Saben que Lula puede salir de la presidencia del Partido de los Trabajadores sin que el Partido de los Trabajadores sufra; no somos partido de un solo hombre. Yo he andado últimamente por América latina y no encontré la organización de masas que con la colaboración de la Iglesia tiene Brasil hoy. Los militares, la derecha, en el '64, agitaron el fantasma del comunismo. Hoy ese discurso no tiene más aceptación en la mayoría de la opinión pública. De cualquier manera, jamás osaría decir que algún país de América está hoy libre de golpe. Jamás.

—¿Cree que el Partido de los Trabajadores puede acabar con uno de los problemas más graves en Latinoamérica, la fuga de capitales?

—Creemos que es posible llevar a cabo una política que convenza a los capitalistas de invertir en el país. Ni hablar de leyes prohibiendo la fuga. Ya Mitterrand lo intentó y fracasó. Eso sólo se puede conseguir con una política convincente desde el punto de vista económico. Creo que somos capaces de llevar a cabo esa política. Así como creo que debemos encontrar el mecanismo para que la sociedad civil pueda controlar y exigir en ese sentido. No todos los empresarios son burros y retrógrados ni piensan sólo en sus ganancias inmediatas. Son muchos, muchísimos los empresarios que invertirían aquí con sólo saber que hay un gobierno serio. Además, conseguida una mejor distribución de rentas, el crecimiento del mercado interno sería inmediato.

—Todos sabemos, tal vez el propio presidente Sarney también sabe, que este último congelamiento de precios y salarios no va a resultar. Nadie duda de que pasará lo de las veces anteriores. ¿Qué haría el Partido de los Trabajadores si estuviera hoy en lugar del presidente Sarney?

—El Partido de los Trabajadores presentó un proyecto económico alternativo que está dentro de las posibilidades económicas del país. Un proyecto realista pasible de ser llevado a cabo hoy, ahora. Tenemos la seguridad de que el PEAE (Plan Económico Alternativo de Emergencia) puede demostrar que por más grave que sea la crisis hay una vuelta. Brasil puede, le basta querer. Está claro que el pacto social para mantener el congelamiento es una farsa.

Yo no niego que pueda haber planes mejores que el PEAE. Tal vez el gobierno querría discutir este plan. Lo que no puede admitirse es que el salario mínimo en noviembre del año pasado sólo permitía al trabajador brasileño tomar tres cafecitos por día, en una familia de cuatro personas.

Entre 1955 y 1980 el Producto Bruto Interno per capita se triplicó. En el mismo período el salario mínimo perdió un tercio de su valor. Lo que nosotros queremos con el PEAE es revertir esta situación, crear un puente entre el Brasil de anteayer y el Brasil de mañana. Tenemos claro que la crisis no se resolverá por decreto ley, ni con media docena de señores elegidos a dedo que querrán resolver los problemas sin tocar a los banqueros de afuera, que reciben diez mil millones de dólares año a año, ni a los especuladores financieros de adentro, que se enriquecen a costa de la deuda pública, y a los grandes monopolios y sectores empresariales que viven a la sombra de los subsidios y exenciones impositivas con que los favorece el gobierno. Ustedes saben cómo surgieron estas deudas, la externa y la interna. Ellas son el resultado directo de la expansión capitalista del Brasil de los últimos veinte años. En este tiempo el gobierno se ha dedicado a conseguir dinero prestado (afuera y adentro) para entregarlo a la iniciativa privada en forma de subsidios, incentivos y exenciones fiscales. La megalomanía militar con su obsesión de un "Brasil grande" se encargó de ampliar esta deuda construyendo usinas nucleares y toda clase de obras faraónicas de eficiencia económica muy cuestionable.

Es imprescindible que el pueblo se envuelva en una discusión sobre todo esto. No es posible seguir gobernando como hace cien años. Queremos otro tipo de gobierno, una relación nueva con la sociedad que debe ser gobernada.

—Dentro de la forma de gobierno que el Partido de los Trabajadores concibe, ¿cuál sería el papel de los sindicatos?

—El Partido de los Trabajadores siempre defendió la idea de que la democracia de un país puede medirse por el grado de democracia que existe en el ámbito sindical. Creo que el movimiento sindical es de enorme importancia en la medida en que los dirigentes sindicales no estén dispuestos a pelear solamente por sus reivindicaciones sino, sobre todo, a preparar un aumento del nivel de conciencia de la clase trabajadora.

—¿Tendrían los sindicatos un papel cercano al de los partidos políticos?

—Sería intromisión de mi parte decidir eso. Yo soy apenas el candidato a la presidencia del Partido de los Trabajadores. Los sindicatos mismos deberán decidir. Creo, sin embargo, que el papel de los sindicatos es el que establece la Constitución: defender los intereses de la clase trabajadora. Creo, además, que el movimiento sindical, cualquiera sea el sistema político, sólo será útil en la medida en que sea libre.

—¿Cuál es la diferencia entre aquel Lula de hace diez años y éste de hoy, candidato a la presidencia?

—Creo que estos años de lucha política más los anteriores de experiencia sindical me volvieron una persona más fuerte, más madura, más consciente de las responsabilidades y del papel de nuestro partido. Aprendí muchas cosas. A conversar con ustedes, gente de prensa, a conversar con la gente de la clase trabajadora, aprendí mientras hacía huelga, mientras fui preso... Creo que estos diez años fueron años de mucho aprendizaje para mí. Cuando uno hace únicamente trabajos sindicales se relaciona exclusivamente con los compañeros; yo durante algunos años hablaba casi exclusivamente con metalúrgicos. Y mi vida giraba en torno a la conciencia de los metalúrgicos. Pero cuando uno se vuelve dirigente político tiene que pensar en un proyecto de sociedad, lo cual nos saca de aquel círculo de metalúrgicos en que girábamos.

—¿Se considera un hombre políticamente realizado?

—Soy un hombre feliz políticamente. Quien vivió en este país diez años atrás y ve esta sociedad de ahora puede comprobar que la evolución es sustancial. Creo que yo he contribuido a crear un nuevo tipo de sindicatos. También contribuí a la fundación de una cosa que considero extraordinaria: una escuela de formación política para el movimiento popular sindical. Para el Partido de los Trabajadores.

Hemos ganado muchos municipios, entre los cuales están los más importantes del país. Y ahora... de pau de arara[1] a candidato a presidente de la República. Creo que en muy poco tiempo —15 años— hicimos un camino muy largo.

—¿Cómo fue su evolución en el sentido político?

—Creo que maduré más aún. Aunque no me gusta ser rotulado. No me importa eso de ser socialista o comunista o cristiano. Creo que lo único que importa es lo que hago. Los resultados. Sueño con una sociedad socialista. Yo sueño con eso. Ahora, cómo será esa sociedad, yo no lo sé. Creo que cada sociedad debe inventar su socialismo. Los procesos son dinámicos, nada se consigue metiéndolos en moldes preconstruidos.

—¿Tiene miedos?

—Sería presumido decir que no. Mi miedo es no poder cumplir con aquello que la gente espera. Con lo que yo mismo espero.



[1] "Pau de arara": Palo usado en el interior del país para transportar papagayos y otras aves. Camión cubierto con varas longitudinales en la carrocería, de los cuales los pasajeros se toman. Es usado principalmente en el transporte de "retirantes" nordestinos hacia San Pablo, Minas Gerais y Rio. Por extensión se les llamó así a todos los retirantes. Más tarde la expresión se usó para designar a cualquier nordestino. Y, durante la dictadura, para hacer referencia a una técnica de tortura.